

pre, como un santo; y acepto en espiacion de mis culpas el amargo dolor que me causa no pasar en su compañía estos mis postreros instantes de vida. ¡Ah! ¡El cielo es conmigo severamente justo, inflexiblemente perseverante en sus decretos! ¡Solo viví y solo muero! no dejo hijos que mi muerte lloren, ni hallé mujer que me amase! En fin, padre, decidle á Gil que su hermano le bendice, y le perdona su dureza.

—Mi penitente (replicó el fraile) os ama mas que á sí mismo.

—Bien, padre, bien: pues que ante Dios nos hemos de ver, allí tambien sabremos la verdad de todo.

Dieron las siete y un numeroso destacamento de infantería con tambores destemplados y de luto cubiertos, llegó á las puertas de la cárcel, casi al mismo tiempo que un escuadron de alguaciles á caballo y con armas de fuego la mayor parte, pues aun no estaban muy seguros los ministros de la audiencia de que el pueblo no se sublevase en el momento de la ejecucion de los Avilas.

Dos mulas con gualdrapas negras, llevadas del diestro por ayudantes del verdugo, tascaban sus frenos tambien á la puerta de la prision; y en la plaza las fuerzas municipales sobre las armas, volvian de continuo la vista á la calle, por donde llegar debía el fúnebre cortejo.

De antemano dispuso el alguacil mayor que los presos de Estado, todos hasta entonces severamente incomunicados, fuesen con buena escolta conducidos á cierta sala, ó mas bien vasto calabozo que ordinariamente servia de encierro á delinquentes de corta importancia, los cuales comunicaban con sus parientes y amigos en las horas á ello destinadas, por medio de una reja abierta sobre el corredor de la cárcel, que era á su vez paso forzoso de los reos al salir al patíbulo.

De esa manera logró Sámano cumplir su palabra á D. Alonso, sin el menor riesgo ni inconveniente; pues seguros los cómplices supuestos de la conjuracion, podia no obstante, el esposo de Elvira despedirse de ellos.

Los ecos lúgubres del parche destemplado anunciando á las víctimas que el momento fatal se acercaba, quizá hicieron que se rebelase instintivamente la carne, que es siempre flaca: mas el espíritu de entrambos estaba pronto al sacrificio; y sin que ni sus confesores mismos advirtieran el movimiento de inevitable repugnancia á la muerte que un momento los ajitara, los dos, como por un resorte mismo movidos, aunque ni pudieron ponerse de acuerdo ni se veian, exclamaron á una:

—¡Llegó la hora.—Dios nos asista y consuele á aquellos que nuestra muerte lloren.

Pocos minutos despues, Sámano, pálido aunque entero, se presentaba en la puerta de la capilla del esposo de Elvira, diciendo:

—¡Cuando gustéis, D. Alonso!

—La frase [replicó el sentenciado] es tan cortesana como chistosa: pero vamos cuando queráis.

—¡Vamos, pues!

—¡Esperad!—¡Salió ya mi hermano?

—Despues que vos.

—¡Lo ha dispuesto así la audiencia!

—No: pero como sois el mayor, hemos creído....

—Si os es indiferente, llevad á Gil primero: si el pobre muere despues, y ve por consiguiente mi cadáver mutilado, al poner la cabeza en el tajo, tendrá una pena mas; y á mí, como á su mayor hermano, toca el privilegio del padecer.

Cuantos escucharon tales palabras, sintieron que el corazón se les partía; porque en efecto, D. Alonso llevaba mas allá de los ordinarios límites, así la fraternal ternura como la hidalga jenerosidad, reservándose el amargo sinsabor de morir el último.

Hasta el alguacil mayor, hondamente conmovido, no pudo menos de esclamar antes de marchar á la capilla de Gil Gonzalez, diciendo:

—D. Alonso, fuera de Hernan Cortés, no conocí en mi vida mas cumplido caballero que vos los sois. ¡Desdicha es mia haberos tenido á entrambos por enemigos!

De pié, envuelto en su capuz, y con él oculto completamente el rostro, aguardaba el segundo sentenciado á los que al suplicio debían conducirle; y al significarle el alguacil lo acontecido con D. Alonso, hizo contestar, por su confesor, que agradeciendo y aceptando el favor de su hermano, deseaba que ya se le dejase atender exclusivamente á la salvacion de su anima, no distrayéndole con asuntos mundanos. Para satisfacer tan cristiano deseo, se dispuso que no se abrieran las ventanas de la reja tras de la cual estaban los caballeros, hasta que le tocase el turno de salir á D. Alonso.

Nada, pues, de singular ofreció la salida de Gil Gonzalez: apoyado en su confesor, aunque no debía necesitarlo á juzgar por la firmeza de su paso, bajó las escaleras de la cárcel; con lijereza y gracia montó en la mula; y sin dar muestras de la menor emocion oyó el pregon en que se decía que era á morir condenado *por traidor al rey y haber querido alevosamente levantarse con el reino de Nueva-España.*

¡Pobre Gil Gonzalez! Cuarenta y ocho horas antes de su prision, ignoraba completamente los proyectos de su hermano; proyectos que nunca pasaron, á mayor abundamiento, de tales, ó mas bien de quiméricos ensueños!

Mas la mula caminaba al suplicio: el agonizante levantaba su voz consoladora; y el sentenciado, cuyo rostro no pudieron ver los de su escolta por llevarle siempre con el capuz oculto, repetía con voz baja las oraciones de los moribundos propias.

Al llegar la comitiva á la plaza, publicóse de nuevo en ella la sentencia, gritando el pregonero: “*¡Esta es la justicia que manda hacer el*

rey N. S. y en su real nombre la audiencia de Nueva-España, en Gil Gonzalez de Avila, por traidor á S. M. y haberse querido alevosamente levantar con el reino de México!—¡Quién tal hizo que tal pague!”

¡Con qué palabras describiremos el efecto que produjo en los corazones de las señoras congregadas en el estrado de la marquesa del Valle, la horrenda calumnia con que los doctores, valiéndose de los inmundos labios del pregonero, escarnecian á su inocente víctima antes de inmolarla!—No hay voces en diccionario alguno que afliccion tan profunda y lejitima pintar puedan, ni hubierá quizá pechos que á la intensidad de aquel amarguísimo dolor resistieran, si la indignacion no le prestara sus fuerzas á la sensibilidad escánime. Por dicha la honrada Mencía no recobró el uso de su razon desde que de ella la privaron las primeras campanadas de la agonía; y Elvira, ya por hallarse en expectativa de otro pregon para ella aun mas cruel, ya por que el temple de su alma era tal que á toda superaba, tuvo presencia de espíritu suficiente para hacer que se retirase á su cuñada á un aposento, donde llegar no pudiesen los ecos de lo que en la plaza se dijese ó gritara.

En tanto, y precisamente cuando el primer sentenciado daba vista al suplicio, sacaron al segundo de su capilla los ministros de la audiencia, admirando la gallardía de su porte, la serenidad de su rostro, la nobleza de sus maneras, y hasta el aseo y compostura de su traje; pues si bien no se le permitió, como tampoco á su hermano, mudarse aquel con que á entrambos los prendieron, habia conservado D. Alonso el suyo tan fresco y elegante, como si de ponérselo acabara, y sentábasele maravillosamente la ropa turca de damasco pardo sobre el vestido negro, la cadena de oro al cuello, y la gorra de terciopelo con pluma, negras igualmente la una y la otra.

Palpitantes de dolor y de ira, angustiados y respirando venganza, esperábasele tras de la reja que dijimos, el marques del Valle, su hermano D. Martín Cortés, Bernardino Pacheco de Bocanegra, D. Luis y D. Lorenzo de Castilla, con todos los demas caballeros entonces presos, y que no sin fundamento temian seguir en breve la senda del patíbulo, con la sangre de los desdichados Avilas á practicar comenzada.

—“Señores y amigos [esclamó al verlos el sentenciado]: si en algo me estimásteis mientras tuve la honra de vivir entre vosotros, y si el reposo de mi ánima, que en breve ha de comparecer ante el Juez Supremo, teneis en algo, ruegoos encarecidamente que en esta postrera entrevista no pronuncien vuestros labios una sola palabra. Cualquiera que ella fuese seria mal interpretada, y quizá sirviera de pretesto para nuevas ejecuciones. Callad, pues, mis nobles amigos, contentandoos con escucharme, y rogar á Dios que con ojos de piedad me mire en estos últimos momentos.

“Mis locas mocedades ofendieron quizá á algunos de vosotros, á

“quienes ruego me perdonen.—Cuando recobreis la libertad, y el co-
 “razon me dice que será en breve, implorad tambien el perdon de
 “las que fueron víctimas de mis engaños, así como yo perdono á los
 “que me engañaron, inclusa á la que orijinó todos mis males y estra-
 “víos.—¡Dios tenga misericordia de ella!—La nobleza sucumbe hoy
 “para siempre en México, caballeros, como sucumbió antes en Espa-
 “ña: culpa es suya, y culpa que pagarán cara las jeneraciones futu-
 “ras.—Si en vez de atender á pueriles vanidades y mezquinos intere-
 “ses, sostuviera enérgica sus propios fueros y los derechos del comun,
 “no se alzarán sobre sus timbres la astucia de los intrigantes, y el po-
 “der de las sotanas.—Pero ya es tarde!—Trascurrirán siglos y siglos
 “antes de que mi pensamiento se comprenda siquiera.—¡La posteri-
 “dad no verá en mí mas que un libertino desenfrenado y un conspi-
 “rador sin juicio!—Caballeros, adios por la vez postrera!—Ni una sí-
 “laba, marques del Valle, ni un acento D. Martín Cortés.... Respe-
 “tad la voluntad de un moribundo.... Os digo que el verdugo al se-
 “gar mi garganta, arranca de raiz el poder de la nobleza mexicana....
 “¡Resignaos con los decretos de la Providencia!.... Orad por el des-
 “canso de mi alma, y el cielo os proteja, como yo se lo ruego.... Ca-
 “balleros, á todos encomiendo mi Elvira, y la viuda y los hijos de Gil
 “Gonzalez.... ¡Adios!.... ¡Adios!.... Vamos, Sámano.”

Y los caballeros cayeron de rodillas anegados en lágrimas; y las ventanas de la reja se cerraron; y D. Alonso, á la cabeza de la comitiva, cual si fuera, no el reo, sino el jefe de la escolta, salió en fin de la cárcel, saludando afectuosamente á todos, repartiendo el oro que le quedaba entre sus guardianes, y cautivando los corazones de aquellos hombres rudos, habituados á luchar contra criminales endurecidos, pero no á ver á caballeros de poética índole marchar al suplicio con tanta jentileza como si á un festin se encaminasen.

Un solo momento de angustia, pero de angustia indecible, tuvo el esposo de Elvira durante el tránsito de la cárcel á la plaza, y fué aquel en que, oyendo súbito tocar á muerto, supo que Gil Gonzalez habia dejado de ser.

—¡En fin! (esclamó con tanta ira como pena). ¡En fin, le inmolaron!—¡Dios poderoso, tus altos juicios son incomprensibles!

—Gil Gonzalez es ya uno de los bienaventurados (le interrumpió el agonizante): pensad, hijo, en merecer vos tambien la palma del martirio.

—Sámano (gritó, desentendiéndose D. Alonso): avivad la marcha; que muerto mi hermano, me es ya la vida insoportable!

Y en efecto, el fúnebre convoy, acelerando el paso, llegó pronto al sitio en que debia repetirse y se repitió el pregon infamante.

La muerte de la primera víctima tuvo lugar sin mas circunstancia notable que la de haberse reconciliado el reo al pié del cadalso, y mostrarse apasionadísimo el confesor en sus amonestaciones, pronun-

ciadas en voz tan baja que de nadie pudieron ser oídas, pero con extraño calor é inusitada vehemencia. Sin embargo, absolvió á su penitente, quien apenas recibida su bendicion, subió al cadalso, puso la cabeza en el tajo, y espiró pronunciando estas palabras: "Acepta, dulce Jesus, mi sacrificio.... ¡Elvira, adios, hasta la eternidad!"

Un solo golpe segó el jeneroso cuello: la cabeza fué depositada en un cesto; el cuerpo cubierto con un paño; la sangre del tajo limpiada con prisa; el hacha relevada; y el verdugo púsose, tranquilo y de su habilidad satisfecho, á esperar á D. Alonso.

Parece imposible, pero es verdad, que la costumbre puede habituar á un hombre á dar muerte á sus semejantes, sin que su ánimo padezca en tan horrible ministerio.—¡Y nosotros, sin rubor lo confesamos, al trazar estas líneas nos sentimos tan tristemente conmovidos, cual si al cruento sacrificio tres siglos ha consumado asistiéramos en efecto.

La bella Elvira, despues de atender al cuidado de Mencía, habia regresado al salon de la marquesa, y con una ansiedad que es inútil encarecer, acechaba hasta el mas mínimo rumor de la plaza procedente, como quien tiene su resolucion tomada, y aguarda solo el momento oportuno para ejecutarla.

Oyóse el eco del golpe del hacha que la garganta de Gil cortaba; y Elvira, esclamando: "*Dios te reciba en su seno, inocente mártir!*" permaneció, sin embargo, inmóvil, hasta que el pregonero dijo:

"*Esta es la justicia que manda hacer el rey N. S.... en D. Alonso de Avila....*

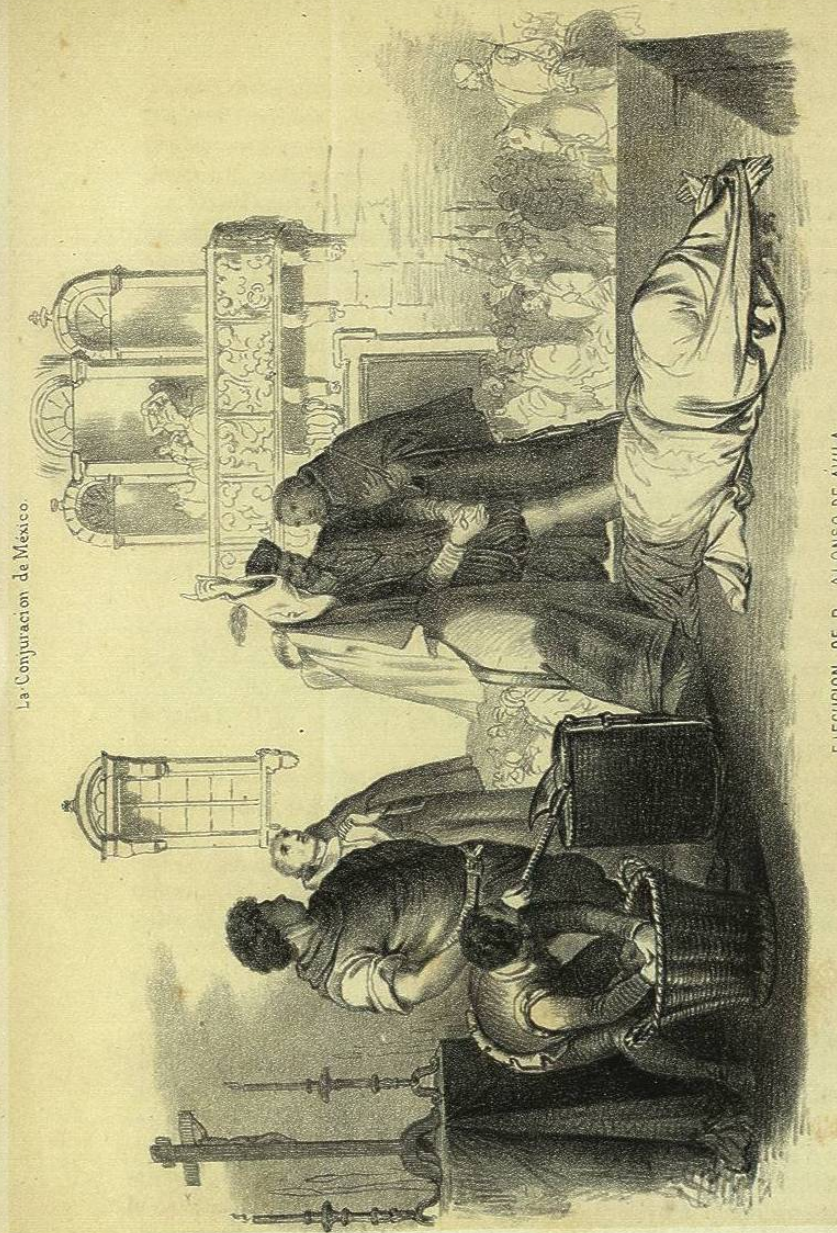
Que entonces, lanzándose con la celeridad y violencia de la centella, al balcon principal del palacio, abrió sus ventanas y arrojándose sobre el antepecho, gritó desesperadamente:

—"*¡Alonso! ¡Alonso, amado de mi corazon! No me han dejado llegar á tí esos tigres: pero mis ojos te seguirán hasta el cadalso, como presto volará mi alma á unirse para siempre con la tuya en la mansion de los justos.*"

—"*¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! (esclamó Avila, viendo y escuchando con placer á su bella esposa.) ¡Bendita sea tu misericordia que con tan celestial consuelo endulza mis últimos momentos!—¡Gracias, Elvira mia, mi amante, mi digna esposa! ¡Gracias! Tuyo es mi corazon, tuyo será hasta su postrer latido! ¡Adios, valerosa mujer! ¡Adios, santa víctima de tus obligaciones! ¡Adios!—A morir, Sámano: llevadme á morir, que muero amado, y nada temo.*

Mientras el cortejo del noble caballero llegaba al suplicio, las damas, cediendo á irresistible magnética fuerza, habian todas salido al balcon en pos de Elvira, y con ella y en torno de ella postradas de hinojos, contemplaban con horror el fúnebre espectáculo, mas sin que de él les fuese posible apartar los aterrados ojos.

Ya D. Alonso desciende de la mula; ya sube con su ordinaria presteza y acostumbrado desembarazo la escalera del cadalso; ya, de pié



La Conjuracion de México.

sobre las enlutadas tablas, tiende en derredor la vista, y contempla sereno á los soldados, únicos espectadores, con las damas, de su muerte, porque no hay en México en aquel instante puerta ni ventana que no esté cerrada en señal de luto; porque ni un solo habitante acudió á la plaza, ni por sus calles discurre.

Pero baja la vista el valeroso caballero, y estremécese, y retírase la sangre de sus mejillas.... Ha discernido bajo el paño mortuario las formas de un cuerpo humano....

—¡Mi pobre Gil! (esclama); ¡Padre mio, yo no soy culpable de su muerte!

Entonces el confesor de la primera víctima se le acerca, y le dice con extraña agitacion algunas palabras al oido.

—¡Cielos! (prorumpo D. Alonso). ¡No es posible!.... ¡Fernando!!! ¡Y vos, padre, habeis consentido?

—Hijo, era y es secreto de confesion, solo á vos y en este instante se me permitió revelarlo.

—¡Era un ángel! ¡Un ángel, no un hombre!.... El solo merecia á Elvira; y yo sin embargo soy el amado de Elvira....

—¡D. Alonso! (interrumpió el verdugo).

—Tienes razon: te pertenezco.—Mátame bien, y esta cadena será tu recompensa.... Tómala antes.... ¡Adios, Elvira!.... ¡Fernando, recibe mi espíritu en tus anjélicos brazos!.... ¡Adios, Elvira mia!.... El golpe.... Jesus!

Tales fueron las postreras palabras de aquel infelicísimo caballero. Un grito desgarrador se oyó en el balcon del palacio de Hernan Cortés.... Elvira sucumbió á su dolor desmayándose, para ser mujer en algo y una vez siquiera en su vida. La marquesa y las demas señoras, si bien hondamente atribuladas, hubieron de acudir en su auxilio y retirarla de aquel paraje, donde con la decapitacion de su marido acababa de recibir incurable herida aquel altivo corazon, hasta entonces modelo de cristiana resignacion y filosófica entereza.

La *Conjuracion de México* dió fin con la muerte de los Avilas; pero á nosotros todavía nos restan por referir algunos sucesos, término y complemento del libro que á concluir vamos.

Durante la ejecucion de D. Alonso, un indio anciano, desgreñado y con todos los síntomas exteriores de la demencia, presentóse en las avanzadas, obstinándose en forzar el paso hasta la plaza, á pesar de cuantas amonestaciones le hicieron los soldados. Rechazado una vez, insistió otras y otras, ya con súplicas, ya con amenazas, mas siempre con vehemencia desesperada; y viendo que todo era inútil, súbito arrojóse sobre un centinela descuidado, y arrancándole con vigor hercúleo la pica de las manos, lanzóse armado contra el resto de la guardia. Fácilmente pueden preverse las consecuencias de tal locura: á los pocos instantes, aeribillado de heridas mortales, y desangrándose por ellas, espiraba nuestro buen *Cristóbal*, clamando:

—¡Amo chiquito morir, y Cristóbal morir con amo chiquito!

Porque el anciano tlaxcalteca, habiendo reconocido en el incógnito que se desmayó al oír el toque á muerto en la iglesia de los franciscanos, á Gil Gonzalez de Avila, presumió desde luego, con razon sobrada, que el hijo del comunero era el que en su reemplazo habia muerto.

Era así la verdad: el desdenado amador de Elvira, en su desesperacion y alucinamiento no pudiendo soportar la vida, creyéndose á la muerte llamado por el cielo mismo, y no habiendo logrado que D. Alonso quisiera salvarse vistiendo sus hábitos, acudió á Gil Gonzalez, quien ligado por el juramento hecho á su hermano poco antes de que los prendieran á entrambos, y en el acto mismo de la prision renovado, como esperamos que el lector lo recuerde, hubo de aceptar la oferta del magnánimo doncel, y salió, en efecto, á la calle, si bien con ánimo de regresar á la capilla, si no hallaba medio de redimir las vidas de D. Alonso y de su libertador heróico.

Durante el alzamiento hizo Gil Gonzalez, aunque en vano, prodigios de valor y de habilidad para frustrar los sangrientos designios de la audiencia: vencidos los amotinados, se retiró el último del campo de batalla, y eso con la esperanza de volver al combate; y en fin, al escuchar el toque de agonía, el lector recordará que nada omitió para acudir á ofrecerse al verdugo. Mas la fatalidad no quiso que el sacrificio inconcebible de Fernando hallase obstáculo alguno; y aquel corazon tan amante como jeneroso, aquel amor ajeno á la mundanal impureza, aquella cabeza poética á par que hermosa, cesaron de latir, de abrasar y de atormentarse al golpe del hacha del verdugo, que ciega segó en flor la vida de un inocente no sentenciado, en reemplazo del sentenciado inocente.

Nunca supo D. Pedro de Valdestillas el paredero de su servidor ni el de su hijo único: Dios quiso redimirle de la angustia que el conocimiento de la horrible verdad le causara; mas bastaron los dolores de la ausencia y las zozobras de la incertidumbre para poner en pocas semanas término á su triste avanzada vejez.

Gil Gonzalez, oculto en el convento durante algun tiempo, huyó mas tarde al Perú con su familia: mas ni él acertó nunca á consolarse de la sangrienta catástrofe del 3 de Agosto, ni la pobre Mencía pudo recobrar por completo el uso de su razon, incurablemente alterada en el mismo funesto dia.

Elvira, fiel á sus promesas, y tomando el hábito relijioso en el convento de Santa Clara de México, arrastró un año penosamente su existencia, siendo modelo de todo jénero de virtudes. Dios, apiadado de su dolor, la llamó á sí al cabo de aquel tiempo.

Beatriz, no pudiendo tolerar la compañía del jefe de los asesinos de D. Alonso, entró igualmente en relijion, lavando en ella con la austeridad de incesantes penitencias, las liviandades de su vida anterior.

Por lo que respecta á los doctores, su conciencia primero y tambien la pérdida del poder, castigaron en este mundo el asesinato de los Avilas: difícil es creer que ante el Juez Supremo hallara gracia tan horrendo crimen.

Hemos dado fin á nuestra obra de novelistas, si no con el acierto que deseáramos, y tendria derecho á ecsijir el público benévolo que con inolvidable indulgencia nos ha recibido y juzgado, al menos con el mas vivo deseo de agradar al discreto que sus ocios quiso entretejer en estas páginas, y quizá con la orgullosa esperanza de haber hecho algo provechoso al conocimiento de la historia y costumbres de una época y de un pais, que nunca español alguno puede mirar indiferente.

En el breve epílogo que sigue, damos algunas noticias que nos han parecido indispensable complemento á *la Conjuracion de México*, de la cual nos despedimos con aquel sentimiento de melancolía que nos aflige siempre, cuando al terminarse un largo viaje nos apartamos de un compañero que con razon ó sin ella, acertó á inspirarnos tiernas simpatías.

